

LOS CAMINOS DE SANTIAGO

(Los peregrinos del siglo XX en busca de la historia).
Asociación Cultural del grupo total «Total Arqueología».

1. LO LEGENDARIO

«Es preciso conocer que existen tres maneras de nombrar las gentes que van al servicio del ALTISIMO: Se les llama «paulmiers», en tanto que van a ultramar por aquello que muchas veces solían llevar la palmera de Jericó. Se les llama «peregrinos», cuando su destino es la Casa de Galicia, pues el sepulcro de Santiago quedaba más lejos de su patria que de cualquier otro apóstol; se les llama romeros en tanto era Roma el lugar de su destino».

(Dante Alighieri - Vita Nuova - 40)

Este texto del Dante no podría mejor testimoniar la singular importancia tomada en el siglo XIII por el santuario gallego hasta el punto de parecer, un instante, eclipsar la gloria de Roma y de Jerusalén.

¿Quién es pues ese Santiago, hijo del Zebedeo, cabalgador sobre nubes, que se levantan al extremo del Occidente y del que su gigantesca figura llena el cielo, cuando todo un pueblo temblaba bajo el yugo enemigo? ¿Y qué es —nos decimos— ese camino sembrado de estrellas, trazado sobre la misma bóveda celeste, el que incitó a Carlomagno a acudir personalmente para liberar la tumba del apóstol allá escondida en el último confín de la tierra habitada?

Efectivamente, «La historia Karoli Magni et Rotholandi», muy pronto imitada por las grandes crónicas de Saint Denys, se hizo eco de ese sueño extraño que perturbó a Carlomagno durante sus reposos en su palacio de Ais: Un gallego sin cabeza se acercaba a la cabecera de su cama revelándole lo siguiente:

«Ese camino estrellado que has visto en el cielo significa que tu irás por él a la cabeza de un gran ejército, y después de ti todos los pueblos acudirán como peregrinos hasta la consumación de los siglos».

(Pseudo Turpin)

Como deseando encontrar un atajo sensacional, la leyenda hace de Carlomagno y sus paladines, los primeros peregrinos de Santiago y los primeros cruzados para rechazar al infiel. Al regreso, los restos de los Pares muertos en España o caídos en Roncesvalles a causa de la traición de Ganelón, ya repatriados, van con el beneplácito del fundador, su jefe, a levantar un mapa: Belín, Burdeos, Blayes, Arlés, etc., etc., en el que se perfilan los futuros caminos jalonados y frecuentados, las pistas de sus recuerdos y de los que serán sus héroes tutelares. Más de un viajero atravesando Valcarlos creará oír los débiles ecos del cuerno de Rolando agonizante cuando muge el viento furioso sobre las cajas de las grandes hayas.

La leyenda no deforma. Por el contrario engrandece los sucesos que se escalonan a lo largo de varios siglos, y si el prestigio del Emperador con su barba florida enturbia los actores de la historia, disolviendo en lo maravilloso las cadenas causales, gracias a la leyenda, se conserva intacto y palpitante todavía la frescura y significado de su origen.

¿Qué hay de verdad? Durante siete años, relata la leyenda dorada de Vorájine (1230-1238) que el Apóstol había penado sobre la áspera tierra española. Apenas logró convertir siete discípulos. Cansado y seguido por sus compañeros, regresó Santiago a su Palestina donde había nacido. Su sonora predicación ocasionó sospechas que le llevaron al tribunal de Herodes, quien le condenó a ser decapitado. Entonces sus discípulos a la caída de la tarde, recogieron su cuerpo, depositándolo sobre una barca con destino a Jaffa, sin timón ni piloto. Durante una noche encantada un ángel guió la navicilla pasando por las Columnas de Hércules (Gibraltar) hacia la bahía de Río Ulla, no lejano al monte sagrado. Depositado el Cuerpo sobre una roca de la orilla, imprime desde aquel monte el Apóstol Santiago el sello indestructible de una alianza perenne con España. ¿Cómo dudar del prodigio? ¿León Rosmithal, peregrino polonés no lo había ya todavía venerado en el siglo XV sobre aquellas playas?

Desde entonces y no se sabe por qué miserables circunstancias de los tiempos, todo se hundía en el olvido.

II. LA HISTORIA

«Los huesos sagrados del bienaventurado Santiago, transportados a España son venerados en un extremo del país, cara al mar de Bretaña y son objeto de una devoción extraordinaria de sus habitantes».

(Martirologio de Florus de Lyon, recopilado entre 806-838)

Al alba del siglo IX, en el lejano Finisterre de Galicia, en las costas del océano tenebroso el ermitaño PELAGE fue, mediante una visión, advertido de la presencia del sepulcro de Santiago. El obispo de Iría-Flavia (hoy en día Padrón), Teodomiro procedió al descubrimiento de los restos-reliquias (in locum arcis marmoricis) en medio de una gran concurrencia de fieles, hacia el año 818. Enseguida, el rey de Asturias Alfonso II el Casto (789-842) llegó hasta allí para rendir homenaje y mandar edificar un primer templo sobre el lugar del milagro. Aquella noticia de intervención del todo poderoso relativa al cuerpo del Apóstol de las Españas se propagó más allá de los Pirineos, inscribiéndose seguidamente en los martirologios, sermonarios y crónicas. Se habló también, de la aparición luminosa del Hijo del Trueno en Clavijo, en medio de la batalla que hizo furor (844), la que valió a Santiago el apodo de «Matamoros». Aquel suceso llega a la cristiandad tras una tenebrosa espera e inquietud, en esas vísperas de la gran explosión de las Cruzadas, conociendo una inmensa resonancia. Así nació Compostela, en el lugar llamado «campo de la estrella», —campus stallaee— metrópoli religiosa y ciudad santa.

Las órdenes regulares y las poderosas abadías como las de Fleury o Cluny; el Papado incluso se interesaron en la organización de aquella peregrinación naciente. En 951, GODESCALC, obispo de Santa María de Asís en Puy, en Velay, resulta el primer peregrino francés documentalmente probado. El desplazamiento de este prelado a la cabeza de numerosos seguidores, es un signo de la importancia que tomó el Santuario gallego entre las peregrinaciones de Occidente.

Sin embargo ese camino era muy poco seguro en esos tiempos infestados por el bandidaje. Así el Conde de Rouergue, Raimundo II, fue asesinado sobre esa ruta algunos años más tarde (961). Y es que los Califas Cordobeses no dejaron sus amenazas sobre la enclave cristiana, especialmente con el activo alcaide del califa Haguib Ibm Abi Amir Al-Mançour llamado el victorioso, contra aquellos que se refugiaban en los hondos valles de las montañas de la península. Tampoco la costa cantábrica escapó

a las terribles «aceifas» que eran entregados a las racias de despiadados normandos. Así pues cuando en 997 la ciudad del Apóstol cae en manos de los musulmanes, que la saquean, llevándose incluso las campanas de la basílica a Córdoba, la noticia se extiende como un desastre, pero poco después, tras la derrota de Calatañazor por el Conde de Castilla Sancho García, se conoce también la noticia de que Almanzor, herido y transportado a la fortaleza de Medinaceli, su vida se extinguía la noche del 10 de agosto de 1002.

Minado por la discordia, el poderío del Califato Cordobés declina, y se resquebraja en una multiplicidad de reinos de Taifas que se debilitan irremediabilmente.

Desde ahora en adelante, afianzados políticamente y enriquecidos por fructuosas campañas, los reyes de Aragón, de Navarra y de Castilla se afanan en facilitar el viaje a Santiago, mejorando el estado deplorable en que se encontraban las calzadas, franqueando además a los peregrinos las numerosas tasas de peaje. Benedictinos y canónigos de San Agustín multiplicaban a lo largo del camino sus prioratos y fundaciones de caridad. La condición jurídica del peregrino —la X perigrinorum— se precisa a la vez que se fija el itinerario. Así se atribuye a Sancho el Mayor (970-1035) aquella iniciativa que consistía en dirigir los caminos hacia el valle del Ebro en lugar de atravesar Alava. El trayecto por lo tanto deja su huella en la Rioja, pasando por Logroño y Nájera, recientemente reconquistada por el rey de Navarra. Hacia 1075 comienza la edificación de la Catedral románica de Santiago que todavía admiramos encajonada en una envoltura barroca. Los siglos XI y XII contemplaron el incontestable apogeo que irradiaba Compostela bajo el báculo imperioso de su arzobispo Gelmírez, que obtuvo del Papa Pascual II el Palio (1104) antes de haber sido elevado a la dignidad de arzobispo que ambicionaba para su Iglesia (1120). En 1188, aproximadamente, es cuando salió de las expertas manos del misterioso maestro Mateo el incomparable Pórtico de la Gloria que sella la obra de la basílica. Por último, el 21 de abril de 1211 pudo consagrarse definitivamente la catedral en presencia de Alfonso IX de Castilla.

Aparte de los peregrinos; hombres de Iglesia y caballeros son atraídos hacia España por la reconquista, cuyo esfuerzo culmina en 1212 en la batalla de las Navas de Tolosa por la derrota del príncipe Almohade Al-Nasir, al célebre grito de «Santiago y cierra España». El rey Sancho el Fuerte (1194-1234) rompió las cadenas que rodeaban el campamento del jefe almohade, cadenas que desde entonces vienen a ornar simbólicamente

mente el blasón de Navarra. (Véase también la magnífica pintura de Marceliano Santa María en su museo de Burgos, saltando el rey Sancho por encima de las cadenas), mientras que una esmeralda de valor inestimable, abandonada sobre el campo de batalla en la precipitación de la huida, es ahora una joya en la colegiata de Roncesvalles, magníficamente donada por aquel monarca.

Buen número de franceses se establecieron a lo largo del «camino» y en los pequeños poblados fundados por los reyes y dotados con un «Fuero», para de esta forma asegurar su repoblación, tras la devastación de las guerras.

III. LA PEREGRINACION

«Cuando el mes de abril con sus
dulces lluvias, logra aliviar,
hasta la raíz, la sequía de marzo.

.....
Es entonces cuando surge en las
gentes el deseo de salir en peregrinación
y los «palmeros» de alcanzar las
costas extranjeras, yendo a los
lejanos santuarios conocidos en
diversos países».

Chancer. (Prólogo de los Cuentos de Canterbury)

Palmeiri, romei, peregrini, tales son los nombres con que se designan en el medioevo a los piadosos viajeros que se apresuran por montes y valles y al precio de quién sabe cuantas dificultades hacia el santuario donde ellos esperan obtener la suprema salud; es decir la gracia de morir «ad limina sanctorum» en un lugar santificado —puerta viva del paraíso— por los pasos de Jesús o por el sepulcro de uno de sus discípulos. Así se verá el día del juicio final entre la muchedumbre de los resucitados que se presenten en el dintel de la catedral de San Lázaro en Autun (Borgoña), rebosantes de gozo, peregrinos que reconoceremos por el zurrón que cubría su desnudez (1). Entrarán en la Gloria Celestial, aque-

(1) Al alma se la representa siempre desnuda.

lla morada que solamente los buriles compostelanos o los romanos, no era más que un terrestre reflejo: Uno lleva banderola con cruz incrustada; es un *cruzado*. Otro lleva marcada una concha: es un *jacobeo*. Ambos han tratado de imitar al mártir en los sufrimientos de un duro y penitencial camino que aleja al hombre de sus costumbres; que le convierte en extranjero exilado sobre países que le son adversos, entregado a los azares de la ruta.

A la llegada de la primavera, pues se trata de una estación propicia cada año para las peregrinaciones (esto hace suponer que ha variado hoy día notablemente el clima por donde atraviesa el camino en España), los peregrinos debidamente autorizados por sus párrocos, incluso del obispo y su bendición, en ceremonia de partida se dirigen hacia uno de los centros de concentración: Santa Magdalena de Vezelay, San Martín de Tours, San Trophine en Arlés, donde se reagrupan formando caravanas, ya que como en la vida misma sucede no es bueno para el hombre viajar en solitario. Hay que defenderse de las asechanzas de los ladrones, del terror de las montañas, en fin del vértigo de la soledad. Pero en ese mes de abril hay que pensar aún en el frío de las intemperies, por lo que son necesarias una capa y un sombrero de anchas alas. La caperuza de cuero pesa; sin embargo, es necesaria para aguantar el chorro de la lluvia. Una amplia túnica, una faja o doble refajo envuelve el cuerpo del peregrino. La sólida talega conocida por «capsella» se destina a llevar la escuálida colación de su viático. Por último, para poder disuadir a lobos o a malandrines era necesario un fuerte bastón con empuñadura y punta afilada. Ese indispensable cayado o «bourdón» y la concha en emblema superpuesta en cualquiera de sus prendas testimoniaban un «signa peregrinationis» que desde entonces consagraban al andante peatón de Dios, el cual tanto resultaba objeto de sublime solicitud como de sórdidas asechanzas.

Por otro lado, también al peregrino se le toma por lo mejor o por lo peor, tanto un penitente arrepentido como un famélico vagabundo. Al término de largas pruebas y fatigantes marchas, la emoción es intensa cuando se llega al llamado Mont-Joie (Montaña del gozo), descubriendo en la brumosa colina del horizonte la silueta de aquel santuario tan deseado.

Lavado y vestido de nuevo, después de haber colgado los harapos polvorientos del camino en la «Cruz des Farrapons», una simple rogativa no es suficiente para calmar el fervor del peregrino. Le es necesario todavía una verdadera comunión material: Una noche de vela a la luz vacilante de las luminarias, la caja con las reliquias del Santo, su palpación,

el abrazo ritual. Si puede, de la estatua o de la tumba el peregrino recoje un poco de polvo o del aceite de las lámparas que le servirá para transmitir a otros la virtud taumatúrgica de aquellas reliquias.

Todo ello no sucede sin cierto desorden, incluso riñas entre peregrinos excedidos por su devoción y fatiga. Es entonces cuando resulta preciso purificar el Santuario con agua e incienso. (Carta de Inocencio III en 1207). Después de confesarse y comulgar y dar fe ante los canónigos de la Basílica de la validez de la peregrinación y bajo una especie de certificado entregado y contraseñado por el Capítulo, el «Compostella», es decir el peregrino, si le quedan suficientes fuerzas y salud para regresar, si no ha entregado cuerpo y alma en aquel santuario de su santo preferido, se dispone a partir hacia su pueblo, a su granja o tienda.

Una vez allá el recuerdo de tantas penalidades y alegrías compartidas le animará a agregarse a una de tantas asociaciones, o acaso a crear otras que poco a poco van naciendo de un extremo al otro de la cristiandad de Occidente, y que se agrupan junto a una hospedería u hospital, antiguos peregrinos al servicio de los nuevos: Cofradía de Santiago de «L'Hôpital de Paris», calle de Saint Denis, autorizada por cartas-patentes del rey Huttin, fecha 10 de julio 1315.

También cofradías en Tullés, Niort, Compiègne, Nimes, Burdeos, Lyon, y hermandades de Hamburgo, Gante, Ath, Friburgo, San Tronet en Flandes y en país germánico, o bien, todavía (Guide Saint Jacques de Haarlem) en los Países Bajos, fundadas en 1400 en la Iglesia de San Bavón, cuya existencia se perpetuó hasta nuestros días.

IV. LA RUTA

«Hay cuatro caminos que llevan a Santiago reuniéndose en uno solo en Puente la Reina, en España, que conduce a Santiago».

(Liber IV, Sancti Jacobi Apóstoli, Codex Calixtinus, 1139 año)

Son numerosos los documentos que a partir del siglo XII, testimonian un itinerario definido entre múltiples caminos hacia Santiago, en territorio español; testimonios solo comparables a los viajes descritos a Tierra Santa, desde los primeros siglos de la Iglesia.

Encontramos en primer lugar la célebre «Guía del peregrino», que encierra el CODEX CALIXTINUS del que forma parte el libro IV; obra de

un tal Aymeri PICAUD, originario de Parthenay. Esta preciosa colección comporta, además de himnos, cantos y sermones, la descripción de varios milagros de Santiago, junto al del fabuloso traslado de sus reliquias. Picaud describe la convergencia de cuatro vías o caminos en abanico hacia los puertos pirenaicos de Aspe o de Cize, para juntarse en una sola ruta a partir de Puente la Reina en Navarra, hasta Santiago. Estas vías son respectivamente:

Vía Tolosanes, de Arlés a Puente la Reina por Tolouse y Somport.

Vía Podeusis, desde el Puy a Ostabat, por Conques y Moissac.

Vía Lemovicensis, desde Vezelay a Ostabat por Sanit Leonard y Limeges.

Vía Turonensis, desde París a Ostabat por Tours y Poitiers y Burdeos.

Estos tres últimos caminos se unían en Ostabat, en país vasco al pie del monte San Salvador para alcanzar Pamplona por San Juan, pie de Puerto, y la hospedería-hospital de Roncesvalles.

El segundo texto que lleva a la confirmación de estos itinerarios se deduce de la geografía del sabio musulmán Al Idrisi (Climat V - Sección I), quien trabajaba en la corte del rey Rogelio II de Sicilia y que indica a lo largo de la ruta, pero en sentido inverso —los puntos de Santiago a Pamplona—, las trece mismas etapas que menciona «la guía» y sus salidas lejanas de Diabal-al-Burt, más allá de los Pirineos.

Estas dos fuentes se hacen eco: este-oeste, oeste-este a lo largo del «camino francés», así sin duda denominado a causa del ir y venir incesante de peregrinos, clérigos, comerciantes, caballeros, príncipes y obispos, llegados tras los montes para pisar esta arteria maestra de la España cristiana, que unía entre ellos los reinos de Aragón, de Navarra, de Castilla y León, e incluso el de Portugal, tanto impacientes por dominar como celosos de su independencia.

Cuando a partir del año 917, el rey de Asturias Ordoño II se siente suficientemente fuerte para decidir el traslado de residencia de su capital de Oviedo, perezosamente refugiados detrás de la cordillera cántabra, a León, en pleno corazón de la meseta norte, aquella ruta costera que nunca fue demasiado utilizada, va quedando progresivamente abandonada en beneficio del trazado meridional, infinitamente más cómodo, puesto que atraviesa la franja septentrional de la meseta castellano-leonesa, regada en su centro por el curso de los afluentes del Duero a una altitud media de 900 metros.

La inmensidad de ese horizonte, a la vez salvaje y austero de la tierra de Campos o del páramo leonés, sobre el cual el camino parece disol-

verse. Entre Burgos y Astorga, contrasta singularmente con las zonas de montañas verdes y húmedas que lo encuadran: La risueña Navarra donde comienza el itinerario español a la salida de los Pirineos, una vez franqueado el monte Irago, hasta la misteriosa redecilla de «corredoiras» gallegas a la sombra de castaños y de eucaliptos donde se acaba, es en estos puntos extremos del camino donde se elevan los pasos o puertos más temidos y donde los peregrinos desprovistos o mal equipados solicitaban la protección de los poderosos.

Así en el año 1139, a la salida del puerto de Ciza, el Obispo de Pamplona Sancho de la Rosa, fundaba el hospital de Roncesvalles, en consideración al gran número de peregrinos que cada año encontraban la muerte al atravesar esas montañas, perdidos por las inclemencias, hundidos en la nieve o devorados por los lobos. Más lejos, en la travesía del sombrío macizo donde los montes de León parecen cerrar el acceso a Galicia por Foncebandon a 1.439 metros de altura, tras la profunda depresión del Bierzo, en el paso llamado del Cabreiro a 1.298 metros, vigilante en la montaña, cubierto por pajizos y pizarras, se encontraba el priorato-hospital de San Gerardo, posesión de benedictinos de Aurillac desde 1072, acaso fecha ésta en que el rey Alfonso VI suprimiera el tributo de peaje en favor de los peregrinos. Eran como las columnas necesarias levantadas por Dios en este mundo en beneficio de los pobres, las que no siempre menciona «la guía» expresamente.

Innumerables son, a lo largo del camino, las fundaciones piadosas destinadas a aliviar a estos viajeros.

Efecto de la solicitud de monarcas o de su magnificencia, tenemos el Hospital del Rey en Burgos, fundado por Carlos V, y en el siglo XVI el hospital de los Reyes Católicos en Santiago de Compostela.

La irradiación de órdenes monásticas como la de San Zoilo en Carrión de los Condes (1047), San Pedro de Sahagún (1079) o el de Santa María de Cluny en Villafranca del Bierzo, fueron importantes dependencias de la poderosa Abadía borgoñona.

Hubo también otras fundaciones menos famosas sin duda que mueven más nuestra emoción. Sus frágiles construcciones a la salida de un vado o de un mal paraje esperan al peregrino: Cruz, capilla, somero refugio o abrigo sostenido por el celo piadoso de un ermitaño, como ocurrió con ese oratorio y hospicio creado por Santo Domingo de la Calzada, muerto en 1109, que debió dar origen después a la bella ciudad actual en el paso del río Oja. También el refugio de San Nicolás en la espesura de los Mon-

tes de Oca «*lu servitio pauperum in via Sancti Jacobi*»; San Juan de Ortega (1080-1163) que determinan la razón de esa casa en su testamento «*nocte ac die jacobipetas interficientes et multo expoliantes*». Este santo también deseó dejar su nombre a la futura localidad, la de San Juan de Ortega. La guía de Peregrinos no duda dar los nombres de esos que: «en tiempo de Diego, arzobispo de Santiago y de Alfonso, emperador de España y de Galicia, y del Papa Calixto, que han reconstruido el camino de Santiago, desde Rabanal hasta el puente sobre el Miño, por amor de Dios y de Santiago», antes del año 1120.

Fue un tal Petrus Peregrinus el que se encargó de la reconstrucción del puente al que hemos hecho alusión. Sería asimismo necesario evocar los hospitales sostenidos por Capítulos Catedralicios, como el de San Miguel en Pamplona, del que quedan las cocinas servidas por los Canónigos Regulares de San Agustín de Roncesvalles, y otras. Las órdenes militares de Tierra Santa y las milicias hospitalarias no abandonan tampoco la fundación de sus preceptorías a lo largo del camino francés: Los Templarios se instalaron desde el siglo XII en Villalcázar de Sirga, Rabanal del Camino, Ponferrada, donde un fantástico Castillo domina la confluencia del río Sil; los caballeros de San Juan de Jerusalén sostienen un hospital en Navarra (año 1185), y una jurisdicción en Población de Campos. Por último en San Antón de Castrojeriz, actualmente existe un arco ojival bajo el que pasa la carretera, señalando desde lejos sus patéticas ruinas de la Casa principal de aquellos Hermanos Hospitalarios conocidos por San Antonio de Viennois, y que fueron llamados a aquel lugar por Alfonso VII de Castilla, hacia el año 1187. Su hospital acogería peregrinos hasta 1791, especialmente a quienes devoraba esa terrible inflamación cutánea conocida por «fuego de San Antonio», algo como una irisipela que aquellos monjes conocían la virtud de aliviar.

Sin embargo, también España poseía sus propias milicias. Desde 1157 la Orden de Calatrava sustituye a los templarios en Extremadura, mientras que hacia 1170, en un tranquilo valle de Galicia al borde mismo del Camino, nacía, perteneciente a la Orden de Santiago, Santa María del Loyo, gracias al apoyo que le prestó una comunidad de Canónigos, los cuales se comprometían espiritualmente a sostener mediante sus rezos la acción de los Caballeros de dicha Orden, a la vez que cuidar del Hospital junto al río Miño. El primer maestro de aquella milicia, Pedro Fernández, reposan sus restos en San Marcos de León, obra maestra de la Orden, que culminó reconstruida en estilo renacimiento, en 1533 (puro estilo

plateresco español) junto al puente que atraviesa el río Bernesga y el pequeño hospital, ornada su fachada de una constelación de conchas.

Entre 1213 y 1215 podemos situar el viaje peregrinante, por estos lugares, del «pobre de Asís», arrastrando, entonces, el proyecto de aquella fundación de la primera Comunidad Franciscana en España en el mismo Santiago de Compostela y en la misma casa de un modesto carbonero, llamado Cotalay, que le albergó.

Así el camino de Santiago promovió él mismo sus monumentos, sus leyendas, sus ritos y sus Santos protectores, ingenieros, enfermeros o soldados que popularizaban en todo el occidente las canciones que llevan los peregrinos y propagan las cofradías, donde estos cantos constituyen la mejor de sus guías.

V. LA IRRADACION DEL CULTO A SANTIAGO

«Miles y miles de estrellas
hacen de Santiago el camino
a ese campo los peregrinos
pasan los montes de España.
Cosamos a nuestros sombreros el
marfil de cruces, de conchas
y de granos. Cada uno de
los Jacobeos en su recuerdo
porta un báculo en sus manos».

(Versos de un drama jacobeo representado por los peregrinos franceses a fines del siglo XVI)

En el siglo XIII fue tan grande la reputación de Compostela que llegó hasta la corte del Gran Khan de los mongoles e incluso a la India. Llegaban peregrinos de Escandinavia, de Polonia, de Baviera siguiendo los grandes ejes de la «Oberstrasse» y de la «Niederstrasse». Es, por lo tanto, a justo título que puede invocarse ese extraordinario impacto europeo del culto a Santiago. Su difusión alcanza a Hungría y a Checoslovaquia. Sólo en Polonia se cuentan 140 parroquias dedicadas al Apóstol Santiago el Mayor, y ya en el siglo XIV en Alemania había 500 iglesias, y 70 en el Tirol. Por suerte, y por sus años de duración, el peregrinar a Galicia interesa en todos los aspectos de la historia de Occidente.

Historia religiosa en primer lugar, pero también: Historia social y económica, en razón del desplazamiento y mezcla de tantos hombres y

de las medidas que se buscan, tanto para facilitar como para frenar esa riada de peregrinos.

Historia del arte en virtud de esa teoría, también expuesta por Emile Male, de la simbiosis de motivos iconográficos y arquitectónicos entre Francia y España.

Historia de la literatura, igualmente desarrollada por recuerdos épicos que vienen a aureolar las principales etapas del Camino unido a sus Canciones de Gesta (I. Bedier).

Por último, sería conveniente reservar una plaza histórica hospitalaria cuando meditamos sobre el desarrollo de una red asistencial que no cesa de estrechar sus mallas en favor de los peregrinos y viajeros, puesto que todavía al comienzo del siglo XVII el Duque Epernon, en el acta de fundación del Hospital de Castilla, de Cadillac-sur-Garonne, en 1617, estipula que la hospitalidad hacia el peregrino debe ser rigurosamente observada. Por otro lado, no pocos de esa clase de establecimientos, en la actualidad, llevan el nombre del Apóstol de Compostela.

Así vemos que la peregrinación a Santiago aparece como un auténtico fenómeno de la civilización que recoge todos los valores de humanidad y de cultura. Ninguna guerra por muy destructora que fuese llegó a interrumpir aquel movimiento, hasta los comienzos del siglo XIX, a lo largo de este Camino, que consiguió modelar un alma o lazo común entre las naciones de Europa; germen fecundo y prometedor, herencia de un pasado todavía caliente que nos incumbe, que no termine por apagarse en olvido o indiferencia.

Director de Claustros Compostelanos - 1965
H. Jacomet. R. de Coste - Masseliere

«Diríamos que cuando todo tamborea, como si el occidente, un poco por sus ambiciones exteriores, buscaba empaparse en sus propios recursos, como si conscientes o no, creyentes o incrédulos, reconociendo en Jerusalén la capitalidad del Ecumenismo; en Roma la capitalidad del Catolicismo, se encontrase, no obstante, en Santiago de Compostela un sentido mucho más occidental cuya finalidad en el corazón mismo del Finis-terre gallego fuese una fortaleza espiritual de Europa o un punto simbólico hacia nuevos mundos».

Por Humbert JACOMET

*De la Assotiation Culturelle du Groupe Total
Paris*